

*amor; Jesús mío, misericordia... Y oras cuando sufres y cuando trabajas, pues el sufrimiento y el trabajo es oración si lo ofreces a Dios. Ora comáis, ora bebáis..., hacedlo a mayor gloria de Dios (1 Cor. 10, 31.).*

## 19. La presencia de Dios

Añadamos a lo dicho el ejercicio de la presencia de Dios. Los que saben ver por la fe a Dios presente en todas partes, poseen la fuente de la más sólida alegría en esta vida. La presencia de Dios es el fundamento de nuestra felicidad en la tierra, y según el pensamiento de la Carmelita Sor Isabel de la Trinidad, «convierte la tierra en cielo».

\* \* \*

La alegría fundada en cosas terrenas se desvanece ;mas la que brota de Dios es inmutable e inalterable como Él. Apoyados en Dios, ningún acontecimiento adverso nos hace perder esta alegría y paz que disfrutamos. «Andar siempre en su presencia es comenzar aquí a ser bienaventurado y feliz...» Es más, al pensar que en nuestra alma en gracia se da una especial presencia divina, ¿no es ya «convertir la tierra en cielo»?

El fruto del Espíritu Santo, dice el apóstol, es la alegría espiritual (Gal. 5. 22).

\* \* \*

*¡Bajo la mirada de Dios! ¡Ah, cómo se simplifica la vida, cómo se le conserva siempre la deliciosa frescura de sus primeros años, cuando se logra obrar sonriendo bajo la mirada paternal de Dios, sin pen-*

sar ni un momento en lo que el mundo pueda decir de nosotros! (M. S.).

*¡Bajo la mirada de Dios y sólo de Dios! ¡Cuánta paz y alegría nos proporciona este pensamiento! ¿Por qué andar siempre detrás de alguien que me vea, que me comprenda, que me aprecie, que me aplauda? Toda acción hecha con el fin de que sea vista de los hombres pierde su colorido y su valor a los ojos de Dios. ¡Oh, cuán hermoso es querer por testigo en mis trabajos, en mis sufrimientos..., a Dios y sólo a Dios! En esto consiste la santidad en el grado superior. (M. S.).*

\* \* \*

*¡Feliz el alma que, cerca de Dios, bajo la mirada de Dios, a quien pertenece, ora, trabaja, padece, se sacrifica, descansa! ¡Feliz el alma que se presta dócil, apacible, activa, a la acción de Dios sobre ella y en ella!*

Dios es *luz*, que le muestra lo que debe hacer y la manera cómo debe hacerlo. Dios es la *paciencia*, que enseña siempre a soportar un fracaso, a esperar sin despecho la hora del desquite, a volver a empezar siempre la obra interrumpida. Dios es *paz*, que mantiene siempre la alegría en el corazón, la esperanza en el alma. Dios *amor*, y la certeza de ser amado no deja jamás sin alegría...

\* \* \*

«No hagas nada que no quisieras que viera Dios.»

«No digas nada que no quieras que oyera Dios.»

«No escribas nada que no quieras que leyera Dios.»

«No leas ningún libro que no quisieras que te dijera Dios: *Muéstramelo.*»

«No vayas a parte alguna en donde no quisieras que te hallara Dios.»

«No te trates con nadie con quien no quisieras que te encontrara Dios.»

«No emplees un minuto durante el cual no quisieras que Dios te preguntara: *¿Qué estás haciendo?* (M. S.).

«No te alejes de Dios.» ¡Cuán bueno es vivir siempre junto a aquellos que nos aman! No ves a Dios, pero está cerca de ti, como estaría un amigo separado tan sólo por una cortina que lo ocultase a tu mirada y no le impidiese a él verte. Cuando el alma no está manchada por el pecado, y permanecemos un instante silenciosos, sentimos a Dios en nuestro corazón como nos damos cuenta de la luz que ilumina un aposento.

No siempre advertimos esta presencia, pero influye necesariamente en nuestros actos.

¡Oh! ¿No es verdad que, por penosa que sea la labor que debes desempeñar, se hace fácil bajo la impresión de esa mirada paternal? El pensamiento de Dios no perjudica. ¿Por qué no conservarlo siempre?

Ve, no temas; bajo la mirada de Dios no temas sonreír, amar, esperar, acoger lo que suaviza la existencia.

\* \* \*

La alegría agrada a Dios, como place a la madre la alegría de un hijo. Lo que Dios no quiere, lo que le mortifica, lo que le irrita, es lo que puede dañarte: un pensamiento que te mancharía el alma, un deseo que te perturbaría el corazón, una acción malsana que debilitaría tus facultades o acabaría con tu reposo. Nunca quieras, pues, lo que Dios no quiere.

Dios, cerca de ti, repara tus torpezas, te procura el modo de compensar con un acto de virtud el acto menos bueno que acabas de ejecutar, enjuga las lágrimas que te arranca un reproche inmerecido o excesivamente duro. Basta con que bajes los ojos un instante, con que dirijas una mirada a tu interior, con que digas en tu corazón: *¡Ayúdame!*

¿Acaso Dios no te habla en la hora presente? Escucha lo que te dice: «Soporta esa contrariedad; estoy aquí para ayudarte.» ¿Te negarás a hacerlo?

Te dice: «Continúa por espacio de media hora más esa labor que te aburre.» ¿Te atreverías a dejarla?

Te dice: «No hagas eso». ¿Por ventura lo harías?

Te dice: «Vayamos los dos a donde te llama la obediencia: ¿Osarías contestarle: *No quiero?* (M. S.).»

## 20. El santo abandono en manos de Dios

¿Quieres saber un secreto para estar constantemente alegre? El mejor secreto para conseguir la alegría y conservarla, un secreto verdaderamente infalible, es «el santo abandono»: conformarse en todo con la voluntad de Dios, ver a Dios en todas las cosas.

\* \* \*

El santo abandono no procura tan sólo la preciosa libertad de los hijos de Dios y una suave igualdad de alma, en la inestabilidad de las cosas humanas y los diversos sucesos de la vida, sino que proporciona además una paz profunda y la alegría interior, que constituyen aquí abajo la verdadera felicidad.

\* \* \*

Las almas que no son devotas del santo abandono tienen todavía muy poca fe, confianza y amor para gustar «la alegría» en la tribulación; aquellos, empero, que han llegado a la perfecta conformidad, tienen una fe viva, una esperanza firme, una caridad generosa.

En el alma que a Dios se abandona, resulta no sé qué efusión de esta alegría divina, porque el fondo de su abandono es precisamente la aprobación amorosa que ella da de todo lo que hace y quiere, y la complacencia que ella experimenta en todo cuanto Dios dispone (Mons. Gay).

\* \* \*

La carmelita Sor Isabel de la Trinidad dice: «Si me preguntaran el secreto de la felicidad, diría: no tenerse en cuenta, negarse a sí mismo todo el tiempo.»

«La felicidad de mi vida está en la intimidad con los huéspedes de mi alma» (Sor Is. de la Sma. Trinidad).

«Todo mi ejercicio es entrar «adentro» y perderme en los que están allí. ¡Lo siento tan vivo en mi alma! No tengo más que recogerme para encontrarlo dentro de mí. Eso es lo que constituye toda mi felicidad» (Sor Isabel de la Sma. Trinidad).

\* \* \*

«¡Sólo Dios debe ocupar el alma.» «La paz no la da el silencio, ni los cipreses del claustro, ni el canto de los pájaros...; la paz para el trapense es Dios, y fuera de Él no hay nada en una Trapa que merezca la pena.» «¡Señor, sólo Tú..., sólo Tú permaneces..., nada hay bajo el sol que llene el corazón del hombre sino Tú...»

«¿Qué importan los hombres? ¿Qué importa lo que nos rodea...? Todo es nada... ¡Sólo Dios y yo!»  
(Fr. M.<sup>o</sup> Rafael).

## 21. ¿Alegría en el morir?

¿Quién puede pensar que se experimenta alegría en el morir? No todos comprenden esto, sino aquellas almas que viven limpias de toda mancha de pecado, las almas que viven conforme a la Ley de Dios, las almas justas, que piensan en la sin igual hermosura del cielo, en el infinito gozo de Dios, en aquella región de la inmortalidad y del resplandor y de la luz perpetua, donde no hay dolor, ni tristeza, ni llanto, ni amargura, ni sufrimiento alguno, sino todo gozo infinito y donde se halla la completa felicidad y alegría sin término.

\* \* \*

*¡Qué hermosa es la muerte de los justos delante del Señor!*, exclamaba el salmista (Sal. 116). El pensamiento de la muerte para los santos no es triste; es más, al pensar que llega esa hora sienten júbilo, porque, como dice Santo Tomás, por la muerte esperan entrar en la eterna bienaventuranza, cuya esencia es la unión o adhesión misma del hombre con el Bien increado, o sea, con Dios, el Sumo Bien y último fin del hombre. Las almas justas, los limpios de corazón, adormecidos un momento con el sueño de la muerte, los despierta Dios en su palacio del cielo.

\* \* \*

Dios nos ha sometido a una prueba aquí, en la tierra, para merecer el cielo, el cual, según nos dice, *se conquista a viva fuerza* (Mt. 11, 12) y *por muchas tribulaciones hemos de entrar en él* (Hech. 14, 21). Por eso las almas que viven la vida de fe sufren todas las pruebas de esta vida alegremente para vivir también después eternamente alegres y bienaventuradas. Estas almas son las almas puras y buenas..., y viven así porque saben que para entrar en el reino de la pureza necesitan ser puras, y para entrar en la posesión de la bondad necesitan ser buenas..., ¡y bien merece serlo para poder gozar luego de aquella dicha sin fin y sin límites!

\* \* \*

El P. Suárez, al verse tan cerca de la muerte, dijo: «Nunca pensaba que fuese tan dulce el morir.» ¡Qué extraño es que los santos hayan deseado la muerte para llegar a la posesión del Sumo y Eterno Bien! Estando Santa Teresita del Niño Jesús casi moribunda, le preguntaron si estaba resignada a morir, y ella contestó: «Creo que sólo se necesita resignación para vivir ...Para morir, lo que experimento es alegría.»

\* \* \*

Dios, en su bondad, nos enseña por la fe que la muerte no aniquila nuestra alma inmortal ni la hunde en el vacío de la nada, sino que la transforma, la ilumina, la sobrenaturaliza y viste de gloriosa inmortalidad después de haber vivido amando a Dios y ejercitando actos y obras sobrenaturales. Por eso los santos, deseando ir a gozar de Dios, anhelaban la muerte.



Santa Teresa de Jesús, sabiendo que la muerte es la puerta que se abre para que las almas gocen de la visión beatífica de Dios, o sea, la puerta para pasar de esta vida temporal a la vida eterna, la pedía diciendo:

*Venga ya la dulce muerte  
el morir venga muy ligero,  
que muero porque no muero.*

Y ella misma nos expone que, como el mayor sacrificio que podía hacer, ofreció al Señor continuar viviendo en la tierra desterrada del cielo. «Siéndome tan penoso estar apartada de Él, por su amor quiero vivir.»

\* \* \*

¿Y qué decir de San Pablo, que deseaba la muerte como el mayor bien? Así decía: *Tengo deseo de verme libre de las ataduras de este cuerpo y estar con Cristo* (Fil. 1, 22). *¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?* (Rom. 7, 24). San Pablo deseaba morir para entrar en la vida verdadera, y así dejar de una vez para siempre la esclavitud, el destierro, el dolor y la incertidumbre de perseverar en la gracia, raíz de la gloria y de la dicha eterna.

Alguno tal vez diga: ¿Por qué muchas almas buenas y fervorosas tienen miedo a la muerte, si viene ésta a llevarlas al cielo, a la morada eterna de Dios? Diremos que si a estas almas les sobrecoge el temor de la muerte, no es por la muerte en sí misma, sino porque se consideran indignas de estar en disposición de vivir en la morada purísima de Dios.



El cristiano tiene miedo a la muerte porque sabe muy bien que *en el cielo no entra nada manchado* (Apoc. 21), y a veces por el temor de tan incomparable bien, como es el premio eterno del cielo, le entra la incertidumbre de *si será digno de amor o de odio* (Ecl. 9, 1). Y teme también la muerte porque la corrupción del sepulcro le horroriza, aunque sepa que recobrará más tarde vida inmortal y gloriosa. Sin embargo, nosotros, cristianos, no debemos permitir que se apodere de nuestras almas el pesimismo si el testimonio de nuestra conciencia no nos acusa de estar en pecado mortal, pues *Dios no desecha al corazón (inocente) ni al contrito y arrepentido* (Sal. 51), y *el cielo lo tiene preparado para los que le sirven y le aman* (1 Cor. 2, 9).

\* \* \*

El que dejó todo en esta vida por vivir en Dios y para Dios, el que vive totalmente desasido de bienes y de personas, para que sólo el Señor ocupara todo su corazón, debe desechar todo el temor de la muerte y *vivir alegremente en el Señor y no contristarse como los que no tienen esperanza*. ¿Por qué no consolarnos todos y esperar la muerte como mensajera del bien infinito que nos aguarda?... Ella nos libertará de la prisión de este cuerpo y nos liberará de todo dolor, de toda pesadumbre, de toda angustia, para llevarnos a la misma morada de Dios, región de la eterna dicha y de la alegría sin fin.

\* \* \*

No hemos de ser del número de los que aman tanto esta miserable y corruptible vida; no hemos

de imitar a los que tanto se apegan a las cosas de la tierra, que pronto han de verse forzados a dejar... ¡Ojalá comprendamos bien la vanidad de las cosas de aquí abajo, y próximos a la muerte podamos decir, como Sor Isabel de la Santísima Trinidad, que en el último aliento y con la sonrisa en los labios, dijo: «Voy a la luz, al amor, a la vida.»

\* \* \*

«Cuando el hombre, dice Kempis, quisiere ser más espiritual, tanto más amarga se le hará la vida, porque conoce mejor y ve más claro los defectos de la corrupción humana...» ¡Dichoso el que vive pensando en la eternidad y vive para la bienaventurada eternidad!

\* \* \*

*¡Ay!, despertad, mortales.*

*¡Ay!, levantad los ojos  
a aquesta celestial eterna esfera,  
burlaréis los antojos  
de aquesta lisonjera  
vida, con cuanto teme y cuanto espera.*

*¿Quién es el que esto mira,  
y precia la bajeza de la tierra?*

(S. J. de la Cruz)

## 22. ¿Cómo unir el llanto a la alegría?

El apóstol San Pablo nos manda que lloremos con los que lloran (Rom. 12, 15), y él mismo lloraba por los enemigos de la cruz de Cristo (Fil. 2, 18). ¿Será necesario mencionar a Jeremías?... En suma: escucha las voces de los justos y... no te quedará duda alguna de que todos deploran este mundo y la vida miserable que se vive en él. *¡Ay de mí, porque se ha prolongado mi morada en este mundo!* (Sal. 119, 5). Así habla el Salmista y éste es el pensamiento del apóstol que desea morir para unirse con Cristo (Fil. 1, 23). Por eso siente que se prolongue su estancia en esta tierra, por cuanto que constituye un impedimento para el gozo... (*San Basilio*).

\* \* \*

¿Para qué enumerar otros casos, si el mismo Jesucristo lloró sobre la tumba de Lázaro (Ju. 11, 35) y por la destrucción de Jerusalén (Lc. 19, 41), y llamó bienaventurados a los que lloran? (Mt. 5, 5).

Pero dicen: ¿Cómo puede conciliarse todo esto con aquellas palabras: *Vivid siempre alegres* (1 Tes. 5, 16), si el llanto y la alegría nacen de principios diferentes?

\* \* \*

«Respondemos diciendo que las lamentaciones y las lágrimas de los santos procedían del amor de Dios.» De aquí que, teniendo siempre fija su mirada en el amado y tomando de ahí mayor alegría, atendían a los asuntos de sus hermanos, llorándolos cuando pecaban y los corregían con sus lágrimas.

Así como los que se hallaban en la orilla del mar, cuando compadecen a los que se están ahogando, su preocupación no les hace perder la seguridad en que se encuentran; del propio modo, los que lloran los pecados de sus prójimos, de ninguna manera pierden su alegría. Antes por el contrario, la aumentan al hacerse dignos del gozo del Señor por las lágrimas derramadas por los hermanos.

\* \* \*

Por tanto, son dichosos los tristes, y bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados y reirán... «Conviene, pues, según el apóstol, llorar con los que lloran, porque este llanto es como la semilla y lucro del eterno gozo.» (S. Basilio).

### 23. Ejemplo del Señor. ¿Por qué lloró?

Si el Señor lloró sobre la tumba de Lázaro y por la suerte de Jerusalén, tenemos que decir que también comió y bebió, sin que tuviera necesidad. Hízolo para enseñarnos el modo y los límites dentro de los cuales deben contenerse los efectos naturales y necesarios del alma.

No hay cosa que requiera más la moderación y el freno de la razón que las lágrimas: por quiénes se deba llorar, y cuánto, y cuándo, y cómo. Que el Señor lloró sin que se conmoviese su alma, y con el solo objeto de enseñarnos, aparece claro y manifiesto, si atendemos a aquellas palabras: *Lázaro, nuestro amigo, está dormido, pero yo voy a despertarle* (Jn. 11, 11). ¿Quién de nosotros llora al amigo que está durmiendo y que más o menos tarde ha de des-

pertar?... ¿No es bien claro y manifiesto que lo que pretendía el Señor era ayudar en todos los sentidos a nuestra debilidad y enseñarnos a contener, dentro de ciertos términos, las afecciones que son inevitables y necesarias?

\* \* \*

Jesucristo evitó la indiferencia como cosa propia de fieras; pero no quiso entregarse al duelo y la tristeza, ni llorar con exceso, porque tal extremo carece de liberalidad y parece afeminado. Así, pues, al llorar al amigo, manifestó la comunidad de su naturaleza con la nuestra, y al propio tiempo nos libró de caer en el exceso. Por una parte, nos enseñó a no afligirnos demasiado ante las adversidades, y por otra, a no ser tampoco completamente insensibles ante la desgracia.

\* \* \*

Es, pues, conveniente que quien ha sido justificado con la doctrina del Señor se contenga y encierre en lo justo como dentro de un muro inexpugnable; esto es, que sea moderado en la tristeza. Porque abatirse demasiado y sucumbir ante la adversidad es propio de almas cobardes, que no se sienten vigorizadas por la confianza en las promesas del Señor.

Así como en las ramas más tiernas se desarrollan gusanos, así también la tristeza germina y crece en los hombres de carácter débil. ¿Era por ventura de diamantes el corazón de Job?... Vio su mesa teñida de sangre, vio a sus hijos, que habían nacido en distintas épocas, perecer en un momento. Y no se lamentó, ni se arrancó el cabello, ni prorrumpió en

palabras inconvenientes; antes profirió aquella acción de gracias tan célebre y conocida de todos: *El Señor me lo dio, el Señor me lo ha quitado. ¡Sea bendito el nombre del Señor!* (Job. 1, 21). ¿Por ventura aquel hombre carecía de afectos? ¿Cómo ha de ser así, cuando él mismo dice: *¿No lloraba yo todos los días con el afligido?* (Job. 30, 25).

\* \* \*

Avivemos la esperanza. Así como conocemos el peso de los cuerpos por medio de la balanza y distinguimos el oro por el toque con la piedra, así también, si tenemos siempre presentes los límites y modos que Dios nos ha prescrito, jamás traspasaremos los términos de la prudencia y de la moderación. Por tanto, cuando te acontezca alguna adversidad, principalmente cuando estás ya advertido, no te turbes; por el contrario, hazla más suave y llevadera con la esperanza de los bienes futuros.

\* \* \*

Así como aquellos que tienen enfermos los ojos apartan su mirada de los objetos muy brillantes y se recrean en mirar las flores y las hierbas, así también el alma no debe poner siempre ante su vista las cosas tristes ni estar pensando constantemente en los males presentes, sino mirar a los bienes venideros.

Siempre estarás alegre y contento si en todos los momentos diriges a Dios tu vida y si la esperanza del premio suaviza y alivia las penalidades de este mundo. ¿Has recibido alguna afrenta? Pues mira a la gloria que se te prepara en los cielos por la paciencia. ¿Has recibido algún daño? Pues dirige tus

ojos a las riquezas celestiales y al tesoro que seguramente has adquirido por medio de las obras buenas. ¿Has sido desterrado de tu patria? Pues tienes por patria verdadera la celestial Jerusalén. ¿Has sido privado de tu hijo, amigo o hermano? Tienes los ángeles, con los cuales te gozarás alrededor del trono de Dios y disfrutarás de alegría sempiterna.

\* \* \*

Si de esta manera opones los bienes futuros a las desgracias presentes, tú mismo te proporcionarás esta alegría y tranquilidad del alma, que nos aconseja el precepto del apóstol: «No produzcan en tu alma un excesivo gozo los sucesos prósperos y felices de este mundo, ni las cosas tristes y adversas perturben tu alegre estado. Pero si no te conduces primeramente así en todo lo que te rodea, jamás llevarás una vida apacible y tranquila. En cambio, fácilmente lo conseguirás si te acomodas al precepto por el que se nos invita a alegrarnos siempre.» (S. Basilio).

\* \* \*

«El fiel servidor de Dios no se turba ni pierde la paz por ninguna causa, y sabe que todo se ordena a su gloria, como se ordenó la Cruz a la de Cristo» (Bossuet). Cuando sufráis, mirad a Cristo, que sufre. Es inocente. Miraos a vosotros. Sois pecadores..., y así endulzaréis vuestros dolores.

## **24. Bienaventurados los que lloran**

Los criterios del mundo y los del Evangelio se contraponen. ¡Felices los ricos, los que se divierten!,



dice el mundo. Y Jesucristo exclama: *Bienaventurados los que lloran*, y a los que no piensan más que en pasarlo bien y de gozar en esta vida, los recrimina diciendo: *¡Ay de vosotros, los que ahora reís, porque gemiréis y lloraréis!* ¿Quién tiene razón, Dios o el mundo? Es evidente que Dios tiene razón, pues no nos manda el dolor por el gusto de vernos sufrir. Algo grande pretende Dios con el sufrimiento cuando Él, al hacerse hombre, sufrió tanto... ¿Quién no ve las consecuencias del pecado por el que Jesucristo quiso redimirnos? *Vuestra tristeza se convertirá en gozo sempiterno.*

\* \* \*

Jesús habla de los que lloran y también de los pobres de espíritu, de los mansos, de los que tienen hambre y sed de justicia, de los misericordiosos, de los que tienen puro el corazón, de los que aman la paz, de los que padecen persecución por la justicia. Todos ellos constituyen un ejército de almas que sufren interior y exteriormente, con renunciaciones del corazón y del cuerpo o con injusticias que duelen. Sin embargo, todos ellos son llamados por Cristo felices y bienaventurados.

\* \* \*

*Bienaventurados los que lloran.* Los que lloran porque se dan cuenta de su condición de peregrinos y porque la vida presente es como un destierro para ellos, anhelan ver a Dios cara a cara. Los que viven desprendidos de las criaturas considerando su vanidad... lloran también, y lloran los que se arrepienten de sus pecados, y los que sufren por las injurias

hechas a Dios, y los compasivos por los sufrimientos ajenos, y los que voluntariamente se abrazan con la cruz para seguir e imitar a Cristo.

\* \* \*

*Todos los que lloran serán consolados.* No pasará la palabra del Señor. Los que acompañan a Cristo en el dolor, también en la gloria (Rom. 8, 17). Si perseveramos hasta el fin de la vida en el bien, el sufrimiento y el llanto pasarán; pero el gozo y la alegría eterna que nos espera durarán eternamente.

\* \* \*

Padecemos, sufrimos, lloramos, pero sabemos *que los padecimientos del tiempo presente no son nada en comparación con la gloria que ha de manifestarse en nosotros* (Rom. 8).

El entendimiento por sí solo no siempre encontraría razones para comprender la necesidad del sufrimiento para gozar. La fe, en cambio, comprende el lazo que une la tristeza y la alegría en el pensamiento de Jesucristo.

## 25. El ejemplo de los Santos

Los apóstoles, al oír estas palabras de Jesús: *Bienaventurados los que lloran..., los que sufren...*, quedaron al principio desconcertados; pero después de la venida del Espíritu Santo, ellos mismos son los primeros garantizadores de estas sus palabras, pues salían de la presencia de los tribunales bañados de gozo, no porque habían sido absueltos, sino porque *habían sido hallados dignos de sufrir por Cristo* (Hech. 5, 41).

Tras los apóstoles, todos los santos han entendido esta doctrina teológica del dolor. Así vemos a Santa Teresa de Jesús exclamar: *Señor, padecer o morir*; a San Juan de la Cruz: *Padecer y ser despreciado por Ti*; a Santa María Magdalena de Pazzi: *Siempre sufrir, nunca morir*, y a San Francisco de Borja: *Sufrir por Dios es gozar*.

\* \* \*

*La alegría de San Francisco.* Vamos a referir aquí el gracioso ejemplo de este santo, ya consabido de todos, pero su recuerdo nos hará ver en qué ponía él la perfecta alegría.

«Yendo una vez San Francisco de Asís desde Perugia a Santa María de los Angeles con Fray León, en tiempo de invierno, y con un frío riguroso que les molestaba mucho, llamó a Fray León, que iba un poco delante, y le dijo:

—¡Fray León! Aunque los frailes Menores diesen en toda la tierra grande ejemplo de santidad y mucha edificación, escribe y advierte claramente que no está en eso la perfecta alegría.

Y andando un poco más, le llamó San Francisco por segunda vez, diciendo:

—¡Oh Fray León! Aunque el fraile Menor dé vista a los ciegos y sane a los tullidos, y arroje a los demonios, y haga oír a los sordos, andar a los cojos, hablar a los mudos y, lo que es más, resucite al muerto de cuatro días, escribe que no está en eso la perfecta alegría.

Otro poco más adelante. San Francisco levantó la voz y dijo:

—¡Oh Fray León! Si el fraile Menor supiera todas las lenguas y todas las ciencias, y todas las Escrituras, de modo que supiera profetizar y revelar no

sólo las cosas futuras, sino también los secretos de las conciencias y de las almas, escribe que no está en eso la perfecta alegría.

Caminando algo más, San Francisco llamó otra vez en alta voz:

—¡Oh Fray León, ovejuela de Dios! Aunque el fraile Menor hable la lengua de los ángeles y sepa el curso de las estrellas, y las virtudes de las hierbas, y le sean descubiertos todos los tesoros de la Tierra, y conozca la naturaleza de las aves, y de los peces, y de todos los animales, y de los hombres, y las propiedades de los árboles, piedras, raíces, y de las aguas, escribe que no está en eso la perfecta alegría.

Y continuando este modo de hablar por espacio de más de dos leguas, le dijo Fray León, muy admirado:

—Padre, te ruego, en nombre de Dios, que me digas en qué está la perfecta alegría.

—Figúrate —le respondió San Francisco— que al llegar nosotros ahora a Santa María de los Ángeles, empapados de la lluvia, helados de frío, cubiertos de lodo y desfallecidos de hambre, llamamos a la puerta del convento, y viene el portero incomodado y pregunta: «¿Quiénes sois vosotros?» Y diciendo nosotros: «Somos dos hermanos vuestros», responde él: «No decís verdad, sois dos bribones que andáis engañando al mundo y robando las limosnas de los pobres; marchaos de aquí.» Y no nos abre, y nos hace estar fuera a la nieve y a la lluvia, sufriendo el frío y el hambre hasta la noche; si toda esta crueldad, injurias y repulsas las sufrimos nosotros pacientemente, sin alterarnos ni murmurar, pensando humilde y caritativamente que aquel portero conoce realmente nuestra dignidad y que Dios le hace hablar así contra nosotros, escribe, ¡oh hermano León!, que en esto está la perfecta alegría.

Y si perseverando nosotros en llamar sale él afuera airado y nos echa de allí con injurias y a bofetadas, como a unos bribones importunos, diciendo: «Fuera de aquí, ladronzuelos vilísimos; id al hospital, que aquí no se os dará comida ni albergue», si nosotros sufrimos esto pacientemente y con alegría y amor, escribe, ¡oh Fray León!, que en esto está la perfecta alegría.

Y nosotros obligados por el hambre, el frío y la noche volvemos a llamar y suplicamos, por amor de Dios y con grande llanto, que nos abran y metan dentro, y él, más irritado, dice: «¡Cuidado si son importunos estos bribones!, yo los trataré como merecen», y sale afuera con un palo nudoso y, asiéndonos por la capucha, nos echa por tierras, nos revuelca entre la nive y nos golpea con el palo; si nosotros llevamos todas estas cosas con paciencia y alegría, pensando en las penas de Cristo bendito, las cuales nosotros debemos sufrir por su amor, escribe, ¡oh Fray León!, que en esto está la perfecta alegría.

Y ahora oye la conclusión, hermano León: Sobre todos los bienes, gracias y dones del Espíritu Santo que Cristo concede a sus amigos, está el vencerse a sí propio y sufrir voluntariamente, por amor de Cristo, penas, injurias, oprobios y molestias, ya que de todos los otros dones de Dios no podemos gloriarnos, porque no son nuestros, sino de Dios, y por eso dice el apóstol: *¿Qué tienes tú que no lo hayas recibido de Dios? Y si lo has recibido de Él, ¿por qué te glorías como si fuese tuyo?* Pero en la cruz de las tribulaciones y aflicciones podemos gloriarnos, porque es cosa nuestra, y así dice el apóstol: *Yo no quiero gloriarme sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo.* Al cual

sea siempre honra y gloria por los siglos de los siglos. Amén. (*Floreциllas de San Francisco*).

\* \* \*

Los santos no tienen nada de triste; ellos oran, trabajan, se mortifican, desempeñan tareas penosas, pero en medio de todo ello la alegría llena su alma. Teniendo a Dios no les falta nada.

## **26. La alegría, remedio contra las tentaciones**

El apóstol Santiago dice: *Creed que tenéis mucho motivo para alegraros cuando sois objeto de varias tentaciones* (1, 2). «Viendo San Pablo, escribe S. J. Crisóstomo, que las tentaciones que cada día le asaltaban iban amontonándose como montañas de nieves, se alegraba como si hubiese vivido en medio del paraíso. No hay armas tan potentes como regocijantes según Dios.»

\* \* \*

San Antonio recomienda únicamente a sus religiosos, que vivían en la mortificación y austeridad, el gozo espiritual como el mejor de los escudos y el más eficaz de los remedios para vencer todas las tentaciones y pruebas. Hay, dice, un medio excelente para vencer al enemigo, y este medio es el gozo espiritual. Aleja como el humo las asechanzas del demonio; en vez de temerlas, las persigue, las combate y las aleja. No, no hay nada que venza y abata a nuestros enemigos como el gozo, el contento espiritual.

El demonio, dice San Agustín, es como un perro furioso atado por Jesucristo; puede ladrar, solicitar, pero no puedo morder más que al que lo quiera; puede comprometer, pero no puede derribar ni matar. Y pierde la esperanza hasta de persuadir cuando en la tentación ve que el hombre está constante, generoso, alegre y contento.

\* \* \*

Los demonios se alegran cuando pueden apagar o estorbar la alegría espiritual... «Cada vez que nos alegramos en Dios, golpeamos al demonio», dice Orígenes.

Con este gozo espiritual nos atraemos la gracia y las divinas luces; vemos los peligros y los evitamos, y nuestros enemigos, descubiertos y ya visibles, emprenden la fuga... (Tesoros-A Lápide.)

## 27. La alegría cristiana todo lo sufre

*Estoy lleno de consuelos*, dice el apóstol de las Gentes, *rebose de alegría en todas nuestras tribulaciones* (2 Cor. 7, 4). Y a los Colosenses (1, 24) escribe: *Me alegro en mis sufrimientos por vosotros y suplo en mi carne lo que falta a los sufrimientos de Cristo, por su cuerpo, que es la Iglesia*. La pasión de Jesucristo fue por sí misma completa y suficiente pero, no obstante, ha faltado y falta algo a aquella pasión por nuestra parte; es decir, la comunicación y la participación a los sufrimientos y a los méritos de Jesucristo; es decir, que Jesucristo debe sufrir, no sólo en sí mismo, sino también en sus miembros; es menester que se comunique por esta pasión, a fin



de perfeccionar su cuerpo, que es la Iglesia. En efecto, los fieles que sufren llegan a ser partícipes de la pasión de Jesucristo y de sus méritos...

\* \* \*

Jesucristo, dice S. J. *Crisóstomo*, se alegraba en medio de sus padecimientos. Llamaba al día de su crucifixión el día suyo. Así deben obrar los cristianos. Los sufrimientos son una pena para el cuerpo; pero espiritualmente considerados, son alegrías. La naturaleza de las pruebas no puede por sí dar alegría; pero sufriendo por Jesucristo y sostenidos por el Espíritu Santo, obtendremos el regocijo y el descanso, sobre todo en la eternidad.

\* \* \*

Es tan grande la gloria que se espera, decía San Francisco de Asís, que todos las penas me sirven de regocijo. Sólo en la Cruz está la perfecta alegría.

La alegría cristiana dulcifica las aflicciones y las hace meritorias; algunas veces domina hasta el punto de no dejarlas sentir; así ha sucedido a muchos mártires y otros santos por un milagro del Omnipotente. Lejos de temer los sufrimientos, los aman, se alegran de ellos, los desean y los buscan.

\* \* \*

El que sufre con tristeza y sin resignación, sufre más y sufre sin mérito. El que sufre con alegría, sufre menos, y sufre adquiriendo grandes méritos. Nuestro Señor Jesucristo, que conocía el precio de las aflicciones, decía: *Dichosos los que sufren. Dichosos los que lloran* (Mt. 5). Si es una felicidad sufrir, he-

mos de sufrir con alegría, y la alegría en los padecimientos nos dará la dicha.

## 28. Vanidad de las alegrías del mundo

Los que lloran por las cosas vanas, dice San Agustín, lloran inútilmente, y los que se ríen de las cosas vanas, se ríen de su desdicha. Todos están en el error, porque se alegran de lo que habían de dolerse y se ríen de lo que habría de llorar: se parecen a los niños que juegan y ríen hasta cuando sus padres mueren a la vista.

\* \* \*

Vanidad es la alegría del siglo, dice el mismo santo; hacemos ardientes votos para que llegue, y cuando creemos tenerla, desaparece. Todas estas alegrías mundanas, tan cortas, pasan, vuelan y se desvanecen como el humo. ¡Desgraciados los que las quieren!

\* \* \*

¿En qué ciframos las alegrías y los goces del mundo? En los bienes; pero ¿qué son los bienes de la tierra?... ¿En los placeres y goces humanos? ¿Y qué son estos placeres? ¿Acaso no causan hastío y remordimiento?... En los honores. ¿Y qué son los honores?... Otras tantas ilusiones que ciegan, y muchas veces se convierten en irreparables errores... En estas cosas llenas de mentira es, sin embargo, donde el mundo cifra su alegría; así, pues, su alegría es un error, es vana e inmotivada (A. Lápide).

No hay goces mundanos sin dolor ni amargura. La amargura les precede..., la amargura les acompaña..., la amargura los termina. Los goces desaparecen y queda la amargura... Todas las alegrías del mundo son raras y de corta duración. Son sombras, fantasmas que se desvanecen con el momento en que creemos alcanzarlas. *Todos los goces del mundo, dicen los Proverbios (14, 13), acaban con lágrimas.*

\* \* \*

Dios, dice *San Agustín*, mezcla las amarguras con las alegrías de la tierra, a fin de llevar al hombre a aquella felicidad, a aquella alegría, cuya dulzura nunca engaña y que sólo se encuentra en Dios.

El mundo se regocija en la nada, como dice el profeta Amós (6, 14). Las alegrías mundanas están vacías..., no tienen sabor ni duración... No hay en ellas realidad ni dicha, ni estabilidad, ni riqueza..., son una gota de miel que se convierte en un mar de hiel...

\* \* \*

El que vive de los goces del mundo, dice *San Gregorio*, encadena sus sentidos interiores, su espíritu..., su alma, su memoria, su inteligencia, su voluntad, su corazón..., y no comprende ya los verdaderos goces..., las cosas espirituales... «*Desgraciados de vosotros que reís*», dice Jesucristo (Lc. 6, 25).

\* \* \*

«Las almas que más han gozado en la tierra son las que más sinceramente han despreciado los delei-

tes de la tierra. Los santos son quienes gozan más en el mundo, porque son los que gozan menos del mundo. Este pensamiento sólo ellos lo saben profundamente» (Gar-Mar).

«No hay más que un medio de volver la alegría al mundo apartarse de los placeres de fiestas del mundo y volver las almas a Dios» (Roncie).

## 29. La tristeza es anterior a la alegría

Así habla *San Agustín*: «Este orden es fruto de la conjugación de nuestra misericordia con la bondad de Dios. Las penas, trabajos y desgracias anteceden siempre a la alegría, al descanso y a la felicidad, porque aquéllas fueron acarreadas por nuestros pecados y éstas son la bendición que nos trajo la gracia de nuestro Redentor.»

\* \* \*

*La tristeza, según Dios*, dice el apóstol (2 Cor. 7, 10), *es causa de penitencia saludable...* El dueño visitó por tres veces la higuera, encontrándola sin fruto, y, cuando decidió arrancarla, el colono intercedió, diciendo que la abonaría. Tres veces ha visitado Dios al mundo: en tiempo de los patriarcas, en el tiempo de la Ley y ahora, finalmente, con su Evangelio; pero cuando quería ser Juez, Él mismo se ha hecho intercesor, y desea que abonemos nuestras almas con la tristeza de la penitencia para que no sean arrancadas (Luc. 13, 6-9).

\* \* \*

*La tristeza, según el mundo, lleva a la muerte. Conforme, pues, llevamos dicho, el abono oportuno hace fructificar, mientras que el importuno ensucia. Veo, por ejemplo, a uno que llora, y le pregunto; «¿Por qué estás tan triste?» Me contesta: «Porque he perdido mi dinero.» Abono colocado en donde no debía. Esta tristeza lleva a la muerte. No produjo beneficio y causó daño. Más allá veo que llora y reza. Su oración me da alguna esperanza. Pero resulta que está rezando para que Dios castigue a sus enemigos. Lloro y llora, pero es abono mal colocado que le llevará a la muerte. Por fin encuentro a un tercero que llora y reza también. Escucho su oración: ¡Oh Yahvé (Dios mío), ten piedad de mí, sana mi alma, que pequé contra Ti! (Sal. 40, 5). Llanto por el pecado; buen campo es, que dará fruto.*

\* \* \*

«Vivimos en tiempo oportuno para aceptar la tristeza fructuosa, para dolernos de nuestra condición mortal, de la abundancia de tentaciones, de los pecados que se nos escapan, de la contradicción que nos mueven los deseos insanos y la oposición constante de la concupiscencia contra los buenos. Entristezcámonos con ello.»

\* \* \*

Los cuarenta días de cuaresma, antes de la resurrección del Señor, días de llanto y gemido, significan el tiempo de nuestra vida, sujeta a las calamidades antedichas. Los cincuenta días pascuales, después de la resurrección, con símbolo de nuestra vida futura en paz y gloria. Hoy sufrimos la una y esperamos la otra.

El tiempo de la Pasión del Señor es el nuestro de ahora. Azotes, golpes, salivazos y cruz. Tiempo, pues, de mortalidad, tentación y contradicción. Pero cuidado de colocar el abono de la tristeza en el lugar debido. «Entristeceros de vuestros pecados y no de los apetitos no cumplidos... Hermoso era el campo antes que vinieran a estercolarlo, y sucio quedó después de esta operación, pero de ella salió la abundancia. La fealdad es el signo de esta época, pero nosotros podemos convertirla en tiempo fértil».

\* \* \*

Esperemos el *Aleluya* final. Allí «veremos, amaremos y elaboraremos. Ni cesará la visión, ni terminará el amor, ni callará la labanza, porque todo será eterno y sin fin. Alabemos, pues, ahora también, pero alabemos con nuestras voces y costumbres. Alabe nuestra lengua, cante nuestra vida». (S. Agustín).

Aspiremos al gozo de los bienaventurados, a aquel gozo completo, a la plena fruición de Dios, en la que existe la alegría que nunca acaba y el descanso de todos los deseos, pues *ni el ojo vio ni el oído oyó, ni en corazón de hombre subió lo que preparó Dios para aquellos que le aman* (1 Cor. 2, 9).

### 30. Medios de consuelo en las tribulaciones eternas

No maravillarse de los trabajos, pues son naturales al hombre en este valle de lágrimas.

Conocer que, además de hombres, somos pecadores que merecemos castigo.

Si nos calumnian sin razón, demos gracias a Dios

de que sea sin ella y sobrellevémoslo pensando en otras faltas que merecieron castigo y quedaron impunes.

\* \* \*

Espantémonos de la bondad de Dios, que en vez de imponernos la pena de muerte del infierno, nos condena a unos días de cárcel.

\* \* \*

Limpiemos la conciencia, acerquémonos a la Eucaristía y démonos a la oración, «porque las llagas que hace Dios, por ninguna otra mano sino por la suya se pueden sanar».

\* \* \*

Para animarse a ello hay que pensar que Dios no hace nada sino por nuestro bien, y que ni hombres ni demonios pueden hacernos mal alguno sin su permiso.

\* \* \*

Acordémonos de que Dios es fiel a sus promesas, y habiéndonos hecho la de que acudirá a nosotros si le invocamos en la tribulación, aun cuando nos halláremos, como Isaac, bajo un cuchillo suspendido sobre nosotros; o, como Daniel, entre leones; o los tres jóvenes, en el horno de fuego..., Dios nos socorrerá.

Un tiempo sucede a otro, y tras la tempestad viene la bonanza.



Acordémonos de que es mejor la adversidad que la prosperidad, porque purifica y humilla en vez de ensorbebecer como aquélla. Maravillosos son los frutos de la tribulación que se sabe aprovechar. El mejor remedio es meditar la Pasión del Señor y comparar su inocencia con nuestros pecados. Finalmente, el pensamiento del cielo.

### **31. Medios de consuelo en las tribulaciones espirituales**

Hablemos de las cosas más altas que los bienes terrenos. Dios, para castigar a los hombres del siglo, no les quita los bienes espirituales, porque no los aprecian, sino los materiales; pero, en cambio, para afligir a las almas piadosas, retírales los favores divinos, que son los que ellas estiman.

\* \* \*

Quienes no tienen familiaridad con Dios no saben lo que hace sufrir este esconderse del Señor. Cuando el alma le ha conocido no ama ya otro bien, y el verse sin éste, que es para ella el mayor de todos, le causa mil angustias.

El alma que se halle en tal situación ha de pensar que no se encuentra abandonada de Dios, lo cual sería como perder el gobernalle y dar a través con la nave. Para convencerse de ello debe saber que la señal del amor de Dios no son estos consuelos, sino no faltar un punto a los ejercicios de piedad, cuando no se carece de ellos.

Para probar si el alma tiene este amor, Dios le retira muchas veces sus regalos, por donde conocen

que, cuando los tienen, no es por su mérito, y le agradecen y sirven más cuando se los otorga.

\* \* \*

Cuando nos falten regalos y venga la sequedad, debemos pensar que se nos quitan justamente, pues no habiendo merecido tenerlos, no hemos sabido aprovecharlos, y en ocasiones nos hemos envanecido y hasta menospreciado de quienes no gozaban de ellos. Otras veces hemos descuidado la mortificación de nuestras pasiones y la oración, y quién sabe si incluso algún pecado oculto o afición desordenada ha merecido que el Señor emplee este medio de purificación.

\* \* \*

«Y hecho esto de nuestra parte, dejémosle hacer de la suya lo que fuese servido..., y si no nos consolare (tomemos) el desconsuelo con paciencia, que aunque sea medicina amarga no por eso será menos provechosa para la salud.

»Y lo que nos faltare en regalo, por ventura se nos dará de virtudes sólidas y macizas, de humildad, de paciencia, de amor fuerte, de confianza, de perseverancia y de otros dones de Dios que valen tanto más.»

Dios sostiene en la tribulación, aunque parezca dejarnos solos, y después, aun en la tierra, otorga gran premio y consuelos.

### **32. Seamos apóstoles de la alegría**

El apóstol del bien necesita la virtud de la mansedumbre y de la caridad. En nosotros suele reinar el

egoísmo y venimos a ser una fuente de molestias para los demás; por esto hemos de procurar vencernos mucho, ejercitando la caridad con todos. «Pórtate con los demás como tú quieras que los demás se porten contigo.»

\* \* \*

Todos debemos comunicar alegría a nuestro prójimo y hacer esta vida llevadera a todos cuantos nos rodean, por medio de la más exquisita caridad y por medio de un buen carácter, que haga amable la virtud.

\* \* \*

Los santos han sido los más alegres y sonrientes del mundo entero. Un proverbio chino dice: «El hombre cuya cara no sonríe, no debe abrir una tienda.» ¡Cuánto dice esto al que quiere conquistar amigos y al apóstol que quiere llevar las almas hacia Dios...!

\* \* \*

Una de las obras de caridad más hermosa es hacer amable la virtud; hay palabras y sonrisas misioneras... Sembremos alegría alrededor de nosotros. Seamos amables, cedamos, no discutamos violentamente. El mejor modo de salir ganando en una discusión es evitarla. Con el carácter agrio no se va muy lejos. «Más moscas, decía San Francisco de Sales, se cazan con una gota de miel que con cien barriles de vinagre.»

\* \* \*

La amabilidad es vencimiento..., sonrisa sincera..., interés por cuantos nos rodean... No criticar, no herir..., excusar a todos siempre..., ceder aunque tengas razón..., dar importancia a lo de los demás... Pensar bien de todos: *Nemo malus nisi probetur...* Sonreír siempre...

\* \* \*

*Amabilidad, trabajo, oración...* Todos estos factores combinados son armas secretas para cautivar, atraer y convertir a las almas.

\* \* \*

Si quieres triunfar siempre en la vida, abrirte paso entre la sociedad y adquirir amigos..., sé de carácter amable y bueno. Sonríe a todos... El secreto para estar a bien con todos es amoldar nuestro carácter al de los demás. El buen carácter es necesario a todos, máxime para ejercer el apostolado del bien.

\* \* \*

Un carácter bueno se hace amar. ¿Quién podría dejar de amar a una persona de carácter siempre igual, dulce y sociable, que acoge con bondad, conversa amablemente, que es humilde sin bajeza, digno sin orgullo, activo sin ser brusco ni petulante, siempre dispuesto a prestar un servicio, a olvidar los agravios, a sufrirlo todo de los demás sin hacer sufrir a nadie?

\* \* \*

Siendo amado de todo el mundo, también lo es de Dios, pues el buen carácter es como el resumen de todas las virtudes: es la práctica de la humildad, de la dulzura y de la caridad, de la paciencia y de la abnegación, de la obediencia y del dominio en las palabras y en las obras, en fin, es la perfección.»

Bajo la inspiración de un buen carácter siempre se obra bien, porque lejos de dejarse uno arrastrar por la ira, obra siempre con calma y reflexión; no tropieza imprudentemente contra los obstáculos, puesto que se toma el tiempo de estudiar los medios para alcanzar el éxito. Un carácter bueno, sonriente y acogedor, honra la religión.

\* \* \*

Vive alegre, olvidando las injurias. Éstas debes escribirlas en arena, y los beneficios en mármol. Devuelve bien por mal, véngate de tus enemigos con la caridad y el perdón y ora por los que te causan molestias, y serás feliz.

\* \* \*

No te enfades. «¿Por qué has de enfadarte, si enfadándote ofendes a Dios, molestas al prójimo, pasas tú mismo un mal rato... y te has de desenfadar al fin?» (*Escrivá-Camino*).

### 33. Sembremos alegremente el bien (M. S.)

Nuestro *oficio*, con respecto a todos los que nos rodean, es el *oficio de sembrador*; por eso faltamos a nuestra obligación cuando dejamos pasar por nues-

tro lado un alma sin infundir en ella un buen pensamiento, una impresión piadosa. ¡Cuánto no valen una palabra de piedad, un acto de dulzura, un continente modesto, una sonrisa afectuosa que, a manera de semillas, podemos dejar caer a cada paso, semillas que no dejarán de dar su fruto!

\* \* \*

Una limosna en la cual nadie piensa es *limosna de la dicha*, la limosna de hacer felices a otros. ¡Qué dulce es sembrar un poco de felicidad *en torno nuestro!* ¡Qué ocupación tan amable y fácil la de aplicarse a hacer felices, a hacer *felices* a cuantos nos rodean!

\* \* \*

La dicha es uno de esos bienes que podemos dar a los otros sin advertir que lo poseemos. Todos tenemos en el fondo de nuestro corazón como una *provisión* de bienes en reserva... Podemos no hacer uso de ellos, pero siempre podemos darlos. Ahora bien: merced a esa limosna, purificando la intención, ¡ah cuán *poco cuesta* salvarse! ¿Por ventura, no ha prometido Dios hacernos a nosotros mismos todo lo que hagamos a los demás?

\* \* \*

La *monedita* de la dicha, monedita que posee el más pobre y con la cual puede a todas horas hacer limosna, es la *complacencia* con que recibimos una petición, una visita, una contrariedad. Es la *sonrisa habitual* que, escapada sin esfuerzo de los labios, hace nacer, por simpatía, otra sonrisa en labios ajenos.

Es un *servicio* graciosamente hecho a veces simplemente pedido. Es una *acción de gracias* sincera, sin énfasis; una palabra de *aprobación*, con tono afectuoso, al que ha trabajado junto a nosotros y con nosotros... ¡Oh, es tan poco..., tan poco todo esto...! No os neguéis a hacerlo. ¡Dios os lo pagará!

\* \* \*

«¡Nada nos hace tanto bien como hacer bien!»  
¿Quieres que sean dulces y apacibles todos los días de tu vida, a pesar de las enfermedades, de los abandonos, de las nubes que oscurecen la tarde de tu existencia? A todos diré: *Sed buenos, muy buenos*. Pero no basta ser bueno de corazón, preciso es también serlo activa y prácticamente.

\* \* \*

La bondad en el alma, decía un anciano, es un aroma en una cazoleta de oro; preciso es difundirlo si queréis que embalsame. ¿Sois ricos? *Socorred*. ¿Carecéis de fortuna? *Consolad*. ¿No tenéis influencia? *Amad*. ¿Vivís solos, aislados? *Orad*. ¿Formáis parte de una familia humilde, falta de medios, poco apreciada? *Estad dispuestos a dispensar los mejores servicios que juzguéis útiles o que os pidan, sin ruido, sin aparato y amar sin que lo adviertan los demás*.

\* \* \*

Sed siempre el *ser que da o procura dar*. Sea el *dar* para vuestro corazón lo que es el *respirar* para vuestro *pecho*: una necesidad. Una buena palabra dicha sencillamente es un don. Un objeto prestado es un don. Una expresión de urbanidad es un don. Una



sonrisa, que da las gracias o expresa una buena acogida, es un don. Una molestia evitada es un don. Un dato proporcionado es un don. Retirarse un poco para no molestar es un don.

... ..

Y de todos estos actos, apenas advertidos y apenas acogidos, irradia algo de divino, que penetra el alma y la llena de suave serenidad. Sí, es mucha verdad este dicho del académico Legouvè: *Nada hace tanto bien como hacer bien.*

\* \* \*

Uno dijo: «Si pudiera hacer bien a los que me rodean, presiento que sería feliz.» Sí; hacer bien, y hacerlo no por ostentación o por interés, sino por amor de Dios, es un secreto infalible para encontrar la felicidad. ¡Y es tan fácil hacer bien a los que nos rodean! No falta un pobre a quien socorrer, un ignorante a quien instruir, una persona apenada a quien consolar; una desgracia que disminuir; un consejo que dar, o un servicio que hacer, y mil cosas parecidas que a todas horas se nos ofrecen. Acordaos de la palabra del Salvador: *El que diere un vaso de agua fría a alguno de mis pequeñuelos, por ser mi discípulo, en verdad os digo que obtendrá por ello el premio.*

### 34. Uno de los castigos de Dios (M. S.)

Uno de los mayores castigos que Dios puede infligir a un alma es *privarla de los medios de hacer bien.*

Dios envía momentáneamente este castigo a los que hace mucho tiempo espera y le son infieles. Hoy, por ejemplo, no habéis encontrado ni un solo pobre en vuestro camino. Es que Dios ha hecho que se alejen todos.

\* \* \*

Os habéis sentido conmovidos a la vista de un mendigo que os alarga la mano..., y no habéis encontrado en vuestro bolsillo ni siquiera una pequeña moneda. Es que Dios ha permitido que olvidareis el dinero que queríais dar. Sondead vuestro corazón, *quizá no erais dignos de dar hoy limosna*. Estas palabras harán sonreír a algunas personas, aun piadosas; fácilmente lo entenderéis vosotras, almas profundamente católicas, a quienes me dirijo: dar limosna es una gracia que no concede Dios a todo el mundo.

\* \* \*

Toda vuestra jornada se ha deslizado sin dar con la ocasión de hacer el menor servicio, sin haber podido visitar al Santísimo para recogeros ante Él unos momentos, sin habérseos ocurrido la idea de rogar por alguno. Es que Dios ha querido que durante todo un día fuerais *inútiles*, quizá para castigaros de que ayer abrierais demasiado vuestro corazón a las criaturas. ¡Oh, qué gran vacío debe dejar en la vida todo un día sin sacrificio particular, sin caridad!

\* \* \*

Dios inflige también este castigo y, desgraciadamente, por tiempo a veces muy largo, a aquellos que, en su juventud, prodigaron en vagos ensueños el afecto de que estaba lleno su corazón. ¡Pobres almas! ¡Qué expiación tan grande! No tener alguien a quien hacer feliz, ni siquiera un padre anciano necesitado de solicitudes, ni tan sólo a un amigo a quien hacer partícipe de nuestro corazón o de nuestras riquezas, ni un afligido que espera consuelo, ni un alma infantil o ignorante anhelosa de instrucción, ni una bendición que pedir al cielo para alguien que nos sea más querido que nosotros mismos...

¡Ah, cuán triste y duro es no tener a nadie sino a *uno mismo...*, siempre a *uno mismo*, único objeto de nuestros esfuerzos, de nuestros afanes, de nuestros pensamientos...!

\* \* \*

*La caridad huye de mí*, decía un hombre que ex-  
piaba duramente una juventud alejada de Dios. *La caridad huye de mí; siento necesidad de dar, de sacrificarme, y no puedo, no sé hacerlo... Temo, vacilo, tanteo, soy brusco, doy por despecho... ¡Dios no quiere nada de mí! ¡Ah, cómo me castiga!*

\* \* \*

¡Dios mío, enviarme otros castigos, pero no me privéis de alguien por quien pueda sacrificarme! No os pido que *me amen*, sino únicamente *poder amar*. No os pido que sepan que *me sacrifico*, sino solamente *la gracia de sacrificarme*. Mientras pueda desvelarme por alguien, me parecerá por lo menos que no me habéis abandonado enteramente.

Ocuparse cada día en hacer *dichoso a alguien*, ¡oh, qué hermosa empresa! Es asemejarse a Dios del modo más íntimo. ¿No es ésta la ocupación continua de este buen Maestro? *Señor, concédeme la gracia de hacer felices a todos los que enviéis junto a mí.*

### **35. Nueve prácticas piadosas que contribuyen a la felicidad de los demás (M. S.)**

Un santo sacerdote recomendaba las prácticas siguientes como muy eficaces para hacer la felicidad de nuestros hermanos y, por consiguiente, la nuestra:

1.<sup>a</sup> Recibir con bondad, agrado, con finos y amables modales a los que se acercan a nosotros, sea cual fuere su edad y condición.

\* \* \*

2.<sup>a</sup> No ser causa de que nadie se aleje de nosotros con pena en el corazón y con algún motivo de inquietud o de turbación; al contrario, portarse de tal manera con los que nos visitan, que se retiren contentos y reconocidos.

\* \* \*

3.<sup>a</sup> Mostrarse en todas las ocasiones complacientes y deseosos de servir al prójimo, participando de sus gustos y opiniones y conformándose con su humor; prestarle aquellos pequeños servicios que están en nuestra mano; no poner de manifiesto sus defectos.

4.ª No rechazar a los pobres, a los desgraciados, a los ignorantes, ni aun a los *culpables*; venir en ayuda de unos, tener compasión para otros y caridad con todos.

\* \* \*

5.ª Manifestar muy especialmente gran bondad y respeto a los ancianos, tan despreciados por lo general en las familias, o tratados con poca consideración; escuchar con paciencia sus quejas; sus continuas repeticiones, guardar con ellos las debidas atenciones que reclaman su edad o sus enfermedades; hacerles con gusto compañía.

\* \* \*

6.ª Ejercitar más particularmente la paciencia con los enfermos, que, por lo general, están malhumorados y son caprichosos y susceptibles, aun con las personas que les prodigan las mayores atenciones y cuidados.

\* \* \*

7.ª Proporcionar el trabajo a las fuerzas y aptitudes de subordinados, no imponiéndoles una carga que nos conste que es desproporcionada o excesiva; no disgustarlos por sus imperfecciones reales o imaginarias, por su poco talento e ingenio; emplear a cada uno en aquellas cosas a las cuales se siente inclinado y dejarle la satisfacción de creer que aquello lo desempeña como es debido.

\* \* \*

8.<sup>a</sup> No ser demasiado exigente por lo que llamamos nuestros *derechos*; también los demás tienen los suyos; querer siempre llevarlo a punta de lanza es querer la desaveniencia, la discordia, es hacerse voluntariamente desgraciado.

\* \* \*

9.<sup>a</sup> No permitirse jamás burlas de ningún género; burlarse de alguno por un defecto real es tener poca caridad; burlarse de un defecto del cual no es uno responsable es injusto.

Hagamos ligero examen acerca de cómo hemos observado hasta aquí estas prácticas. ¡Oh, por favor, adoptémoslas en adelante, por amor de Dios y de nuestros hermanos! ¡A cuántos haremos felices! ¡Y cuán felices seremos nosotros!

### **36. 23 consejos para influir en los demás**

He aquí 23 consejos sacados del libro *Cómo ganar amigos*, de Dale Carnegie, los que interesa observar para ser uno más feliz y hacer felices a los demás:

1. Interésate auténticamente por las demás personas.
2. Sonríe.
3. Recuerda el nombre de las personas.
4. Sé un buen oyente. Alienta a los demás a hablar de sí mismos.

\* \* \*

5. Habla siempre de lo que interesa al prójimo.
6. Haz que la otra persona se sienta importante.
7. El único medio de salir ganando de una discusión es evitarla.
8. Demuestra respeto por las opiniones ajenas siempre que puedas. No acostumbres decir al prójimo que se equivoca.

\* \* \*

- 9 Si te equivocas, admítelo rápidamente y con entusiasmo.
10. Comienza siempre en forma amistosa.
11. Consigue que la otra persona diga «sí» en seguida.
12. Deja que tu interlocutor sea el que hable más.
13. Haz que la otra persona crea que la idea es de ella.

\* \* \*

14. Trata honradamente de ver las cosas desde el punto de vista del prójimo.
15. Muestra simpatía por las ideas y deseos de los demás.
16. Apela siempre a los motivos más nobles.
17. Dramatiza tus ideas.

\* \* \*

18. Comienza con elogios y una honrada apreciación de las cualidades del prójimo.
19. Haz preguntas en lugar de dar órdenes directas.
20. Elogia hasta el menor progreso y elogia todos los progresos que se puedan elogiar.



21. Alienta, forma ambiente de confianza, de superación. Procura que parezca fácil de hacer lo que quieres que el prójimo haga.

22. Procura que los demás se sientan felices al hacer lo que tú sugieres.

23. Poneos en el punto de vista del prójimo.

### **37. Reflexión y confianza en Dios (M. S.)**

Sucede, frecuentemente, que sufrimos molestias y contrariedades y caemos en muchas faltas por carencia de reflexión. Decidimos demasiado pronto un negocio; pronunciamos por ligereza una palabra enojosa; seguimos vivamente el consejo de la pasión o del amor propio, etc., etc., y luego nos entristece y nos pesa. Hubiera sido mejor preguntarnos antes: ¿Lo que voy a hacer es loable?, ¿es útil?, ¿es permitido? ¿Cuáles serán las consecuencias? ¿No tendré que arrepentirse de haberlo hecho?

\* \* \*

Un momento de recogimiento y, sobre todo, una mirada interior hacia Dios, bastaría muchas veces para abrirnos los ojos y evitaría actos lamentables. Sepamos contener nuestro apresuramiento natural y observemos fielmente esta regla, y nos economizaremos muchas miserias y quizá muchos disgustos.

\* \* \*

¡Oh, cómo la inquietud (un mortal enemigo de la felicidad) no entraría en nuestra alma si reflexionáramos bien lo que es Dios con relación a nosotros!

Dios quiere todo lo que nos sucede; ésta es una verdad absolutamente cierta. Dios nos ama y no quiere sino nuestro bien; esto no es menos verdad.

\* \* \*

Después de todo, si la enfermedad y la pobreza vienen sobre mí, ¿no debería decir: yo me refugio con ciega confianza en el seno de mi Padre Celestial, porque Él ve mi estado y me ama? Si la envidia, la maledicencia, la calumnia, me persiguen con sus tiros, ¿no debería decir: nada de esto debe enojarme, porque Dios oye las palabras injustas proferidas contra mí, y Él me ama? Y así en todas *las* cruces que nos sobrevengan; si tenemos una confianza en Dios, nada podrá hacernos perder la paz del alma.

### **38. Serenidad en las tribulaciones (M. S.)**

Es imposible que en el curso de todo un día no nos sobrevengan mil pequeños accidentes o contratiempos que nos apenen y mortifiquen. Ya un criado, que nos sirve mal, que nos exaspera con sus olvidos y pesadeces; ya un miembro de la familia, que nos hiere con una palabra agria o con un proceder poco delicado; ya el frío, que hiela nuestros miembros, o el calor, que nos sofoca; acaso una desgracia que nos sobreviene, una trabacuenta que nos ocurre, o ya una persona que critica nuestras acciones, aun las más insignificantes, que murmura de nosotros y aun nos calumnia, y tantas otras contrariedades cuya enumeración es imposible

Todo lo dicho, ¿no es un obstáculo perpetuo para la felicidad? Sí lo es, sin duda, para los mundanos que no conocen ningún remedio de las miserias de la vida; pero de ninguna manera para un cristiano ¿Cómo, pues, conservar la paz y la alegría cuando sobrevienen estas miserias?

\* \* \*

Primero: *Previniéndolas* «Los tiros, cuando se les ve venir, dice *San Gregorio*, son menos de temer que cuando nos hieren de improviso.» Poned en el presupuesto de vuestras previsiones para el día cinco o seis contrariedades a las cuales estáis expuestos; cuando os suceda alguna de ellas, apenas os sorprenderá.

\* \* \*

Segundo: *Recibiéndolas*. Cuando en el invierno salimos haciendo mal tiempo, si tenemos miedo de dar algunos paseos y caminamos temblando, sufrimos mucho más que si resueltamente nos ponemos en marcha sin cuidarnos de que el viento sople o la nieve caiga. Estemos dispuestos a soportar las penas del día y así aparecerán menos duras.

\* \* \*

Tercero: *Mirad al cielo*. Esta mirada, en efecto, cambia por completo la naturaleza de las cosas para un alma que tiene fe. Desde este punto de vista la cruz no es cruz, es joya preciosa que es preciso estimar en gran valor, es una moneda con la que se compran bienes inmensos. ¡Oh dulces y amables con-

trariedades, venid, venid todos los días a echar un poco de amargura sobre mis alegrías terrestres; sin vosotras corremos riesgo de perder el cielo!

\* \* \*

Nosotros obligamos a nuestro Señor a que nos castigue —los males que nos envía son la mayor parte de las veces una expiación—. La felicidad terrena es nuestro mayor enemigo... He aquí unas verdades en las cuales no se reflexiona bastante.

\* \* \*

Un golpe inesperado nos duele; un revés de fortuna, una enfermedad grave, la pérdida de un pariente o de un amigo, y nosotros nos quejamos amargamente a Dios: «¡Oh, Señor, por qué me habéis enviado prueba tan cruel! Mi porvenir destrozado, mis esperanzas desvanecidas; ya sólo me resta pasar lo que quede de vida entre el dolor y las lágrimas.» ¡Ah, si escuchásemos entonces una voz que se deja oír en el fondo de nuestra alma y nos dice: «Y tú, hijo mío, ¿por qué me has olvidado? ¿Por qué estabas adormecido en el bienestar de una vida muelle y placentera? ¿No he dicho Yo que el que quiera seguirme debe llevar su cruz todos los días?»

\* \* \*

Pero tú no conoces sino los frívolos placeres de la tierra, en donde seguramente habrías fijado para siempre tu morada. «Y porque Yo, dice el Señor, amaba tu alma es por lo que la he mandado esta prueba. He querido sacarla de su adormecimiento y

hacerla expiar las satisfacciones que se permita con las criaturas. Y por esto te abruma el dolor.» ¡Feliz el cristiano que comprende este lenguaje e inclina la cabeza bajo la mano divina que le hiere para sanarle!

### 39. No te impacientes... echa todo a buena parte

¿Quieres hacer bien al alma de tu hermano? Principia por hacerle feliz; concédele todos los pequeños gustos legítimos que pueda desear, haz su voluntad en las cosas permitidas; soporta sus deseos sin manifestar impaciencia; así encontrarás el camino de su corazón, y una vez ganado el corazón, todo está ganado.

\* \* \*

Si enseñáis a hacer una obra, si trabajáis en ella con otras personas, no os burléis de un golpe. Si lo es por defecto de inteligencia, vuestra burla sería poco caritativa; si por carencia de consejo, vuestra burla sería, además, injusta. Reprended con suavidad al torpe, mostradle cómo debe hacer la obra..., y Dios, que os mira, os dirigirá una sonrisa y dirá a sus ángeles que os ayuden en los momentos difíciles.

\* \* \*

Horas hay en que todo, en este mundo, en medio del cual nos complacemos en vivir, *se vuelve contra nosotros...* Se desconocen nuestras intenciones, se interpretan mal nuestras palabras, sorprendemos una maligna sonrisa, o una media palabra perversa, que

nos permite adivinar un pensamiento hostil; una acogida glacial responde a nuestra solicitud, una seca negativa detiene en nuestros labios ofrecimientos de servicios ...¡Ah, cuán duras son esas horas! Y lo son tanto más cuanto no vemos la causa de ellas...

\* \* \*

¡Valor y paciencia, pobre alma desolada! Es un *surco* que Dios quiere abrir en tu corazón para *sembrar* en él sus gracias. En efecto, es raro que *esas injusticias* pacientemente soportadas no den, al final de la jornada, una paz y una alegría extraordinaria. Es la siembra de Dios, que germina y florece.

\* \* \*

Para guardar la paz del corazón es preciso acostumbrarse a *no impacientarse* ni exhalar quejas en medio de los desórdenes continuos y de las contradicciones de todas las clases que se experimentan en ciertas situaciones. Se hace ruido, se os llama o interrumpe diez, veinte veces, cuando estáis entregado a un trabajo serio y fecundo, pareciendo que todos se empeñan en distraernos. ¿Puede haber cosa que más excite? Pues bien: por amor a Dios permaneced tranquilos, conservaos siempre sereno.

\* \* \*

La divina providencia permite todo esto; recibid con agrado lo que Ella os envía y muy pronto os sorprenderéis de veros felices en medio de esa confusión que hoy es para vosotros un suplicio. Sin

duda, con frecuencia sentiréis inquietud y os parecerá que vuestro mal humor va a manifestarse al exterior. ¡Valor, no obstante! Salvad las apariencias, y esto será ya mucho; procurad responder con dulzura a los importunos que os interrumpen; esperad pacientemente la conclusión de una conversación insípida y tened para todos una sonrisa y una palabra amable, que Dios, por su parte, corresponderá con otra sonrisa a vuestros nobles y generosos esfuerzos.

\* \* \*

«Es preciso ser paciente consigo mismo, paciente con los otros, paciente en los males graves, paciente en un dolor de cabeza, paciente en un dolor de muelas, paciente por una pérdida de dinero» (Monseñor de Segur).

\* \* \*

También es excelente medio para conservar la paz y proporcionarla a los demás *echarlo todo a buena parte*: las palabras que se nos dirigen, el modo de portarse con nosotros, la poca consideración hacia nuestras personas, etc. Desgraciadamente, por nuestra mala tendencia natural, nos inclinamos a juzgar mal de los dichos y gestos de nuestro prójimo.

\* \* \*

¡Qué fácilmente creemos que nos faltan nuestros prójimos, que no nos estiman, *que no nos quieren!* Basta ver un aire poco más sombrío que de costumbre en el rostro de alguno, para persuadirnos de su



indiferencia o de su frialdad. O bien uno ha dicho a la ligera una palabra que nos ha disgustado, o acaso un imprudente nos recuerda otro dicho en contra nuestra y en lo cual no debiéramos haber vuelto a pensar; de todas estas naderías se hacen montañas, y he aquí la buena amistad turbada y quizá perdida por mucho tiempo. Tengamos, por tanto, la vista de nuestra alma más sencilla y nos ahorraremos muchas miserias y muchas faltas.

\* \* \*

¡Cuán feliz es uno en esas horas en que padece el corazón por causa de abandono o desamparo, o de algún disgusto ocasionado, a veces sin querer; cuán feliz es uno si tiene a su alcance *la oración y el trabajo!* El trabajo distrae en gran manera y combate la ociosidad, madre de todos los vicios; la oración produce descanso.

\* \* \*

El mejor medio para ser feliz en la tierra y vivir siempre alegre, es ser buen cristiano, es conformarse en todo con el querer divino. ¡Qué bella es esta oración!: *Hágase, oh Dios mío, tu santa voluntad hoy y todos los días, sin peros ni condiciones...* El que no se conforma con esta santa voluntad, de nada está contento, y «el que de nada está contento, no contenta a nadie».

\* \* \*

#### 40. Indulgencia, resignación perfecta y amor a la vida oculta (M. S.)

Existe una máxima que nunca será bastante repetida por el cristiano a quien Dios ha destinado a vivir, conversar y trabajar en sociedad con sus hermanos, y de ésta: *Sé indulgente*. Sí, sé indulgente; esto es indispensable; es necesario a los demás y para ti mismo.

\* \* \*

Olvida las pequeñas penas que te hayan podido causar; ni conserves ningún resentimiento por las palabras inconsideradas o desfavorables que se hayan dicho contra ti; excusa las torpezas, los descuidos, las ligerezas de las cuales eres víctima; juzga siempre de buena intención a aquellos que te hayan hecho algún agravio, bien sea de palabra o de obra; en fin, sonrío a todos, muestra un semblante amable en todas las ocasiones; ten un fondo inagotable de bondad, de paciencia, de condescendencia, de dulzura

\* \* \*

De la manera dicha estarás en paz con tus hermanos; tu amor para ellos no sufrirá alteración, y el suyo hacia ti se aumentará de día en día. Pero, sobre todo, practicarás de modo excelente la caridad cristiana, que es imposible practicar sin una indulgencia en todos los instantes.

\* \* \*

«Cuando no se puede hacer lo que se quiere hay que hacer lo que se puede», dice un proverbio popular. Sí; mas para que el corazón no sufra con esta contradicción debe querer cristianamente. Preciso es aceptar con resignación, con alegría, lo que no sucede a nuestro gusto, y no sufrirlo con secreta repugnancia.

He aquí que un superior, en el momento en que menos lo pensabas, viene a trastornar tu vida tranquila, tus antiguas costumbres, imponiéndote un reglamento que no tiene para ti ningún atractivo; no dejes que la naturaleza o el amor propio sean los primeros en juzgar que te espanta.

\* \* \*

Antes de hacer ninguna reflexión ponte al pie del Crucifijo y entra dentro de ti mismo bajo la mirada del Padre celestial; oirás una voz que te dice: «Si todo cambia en torno tuyo, Yo no cambio y permanezco en el fondo de tu corazón.» ¿Podrás ser desgraciado cuando Dios está contigo?

\* \* \*

A principios del siglo xx preguntaron a un personaje cómo había podido escapar a los furores de los revolucionarios. «He hecho el menos ruido posible, contestó él, y he vivido oculto.» He aquí un remedio para librarse de las turbaciones y tempestades que se levantan en el corazón de tantos desgraciados: Amar la vida oculta, no hacer que hablen de él, ser humilde, pequeño, pasar inadvertido, no ser notado sino de sólo Dios.

San Francisco de Sales dijo: «Estad siempre alegremente humilde delante de Dios, e igualmente alegre y humilde delante del mundo Sed contento de que los demás no piensen en vos. Si los hombres os estiman, reíos de sus juicios y de vuestra miseria, y si no os estiman, consolaos alegremente, porque dicen la verdad.»

#### 41. Generosidad y condescendencia

Cuando estéis con vuestros hermanos o vuestros compañeros de trabajo, hacedles creer que sois felices y procurad que piensen que su compañía es la que os hace dichosos. ¡Oh, seguramente esta persuasión reportará a cada uno alegría, valor y confianza! Lo contrario sucederá si, encontrándoos entre personas de la misma casa, mostráis aire sombrío, descontento, desapacible, les haréis suponer que no gustáis de su compañía.

\* \* \*

Tengamos siempre grabado en nuestro espíritu esta promesa de nuestro Señor: «*Con la misma medida que midiereis a los otros, seréis medidos.*» ¡Qué de saludables reflexiones os inspirará esto! Así, pues, yo debo decirme: si soy brusco y poco condescendiente con mis hermanos, Dios será brusco y poco condescendiente conmigo; si yo no les dejo pasar nada, si no les hablo, si les vuelvo la espalda, Él no me dejará oír su voz en el fondo de mi corazón; antes al contrario, se alejará de mí; sí yo no perdono los agravios reales o imaginarios que me han hecho, Él tampoco me perdonará.

¡Oh, que suerte me espera conduciéndome como lo hago en el trato con mi prójimo! Y si observo que nuestro Señor no me prodiga sus gracias y se hace el sordo cuando le invoco, es pura y sencillamente porque yo estoy remiso con los demás y me hago rogar veinte veces antes de prestar un pequeño servicio.

\* \* \*

¡Cómo no principiar a conocer nuestros intereses y ser prudentes! Tengamos un corazón grande, generoso, lleno de bondad y bien dispuesto para los demás; todo el bien que hacemos a los otros, indirectamente nos lo hacemos a nosotros mismos. Y haciéndoles felices aseguramos nuestra felicidad.

\* \* \*

«No encuentro nada tan digno de compasión como *esas pobres gentes del mundo*. Tienen sobre sus espaldas una capa forrada de espinas y no pueden hacer ningún movimiento sin pincharse; mientras que los cristianos que trabajan por salvar el alma y por conservarla en estado de gracia, siempre están contentos y son felices: gozan por anticipado la felicidad del cielo, y serán felices durante toda la eternidad» (Santo Cura de Ars).

#### **42. Amabilidad en el trato y humildad en en los defectos exteriores (M. S.)**

Aún hay algunas prácticas muy fáciles de una eficacia maravillosa para conservar la unión de los corazones, manantial y condición de la felicidad aquí en

la tierra. Estas se resumen en estas palabras: *Sed siempre amables*. Para esto guardad fielmente las reglas siguientes:

\* \* \*

1.<sup>a</sup> Sonreír habitualmente. 2.<sup>a</sup> No responder con un no a secas o con signo negativo, cuando un superior manda. 3.<sup>a</sup> No molestar a los demás con aquello que nosotros podemos hacer. 4.<sup>a</sup> No mostrarse descontento ni desabrido.

\* \* \*

5.<sup>a</sup> Reprimir todo gesto de impaciencia. 6.<sup>a</sup> Acompañar con alguna palabra bondadosa las órdenes que se den a los inferiores. 7.<sup>a</sup> No dirigir jamás con aspereza o acritud una reconvención, aunque sea merecida.

\* \* \*

8.<sup>a</sup> No descuidar las fórmulas de etiqueta y amabilidad que están en uso: *Buenos días, buenas noches, como usted guste, muchas gracias*, con todo el mundo; *cómo se encuentra usted*, con los enfermos, etcétera. Debemos confesar que para guardar las prácticas es preciso algunas veces hacer sacrificios; pero así como no hay felicidad sin sacrificio, del mismo modo todo sacrificio tiene algo de felicidad... Ensayémoslo, y muy pronto sentiremos el no haberlo hecho así toda nuestra vida.

\* \* \*

Muchas cosas que nos afligen debían más bien alegrarnos. Queremos hablar principalmente de aquellos defectos exteriores que no nos hacen cometer faltas, sino solamente nos proporcionan con frecuencia la ocasión de humillarnos. Ya es una cierta timidez que en vano queremos disimular, ya un aire hosco y enfadoso que nos hace traición en todo lo que hacemos; una manera de andar demasiado vulgar, una predisposición a los descuidos, a las distracciones, a las ligerezas. También los defectos físicos, tal como la miopía, la calvicie, la deformidad de un miembro, la dificultad para explicarse, etc.

\* \* \*

Si hasta ahora nos hemos entristecido por estar sujetos a alguna de esas miserias, comprendamos que, bien mirado, estos son tesoros de gran aprecio, con cuya ayuda quizá compraremos una corona en el cielo. Todos los santos lo han creído así, y estos son buenos jueces. Sí, en este defecto, el orgullo nos hubiera perdido, con él sentimos la necesidad de ser modestos, de orar más, de ser flexibles bajo la mano de los superiores, más indulgentes hacia nuestros hermanos y más vigilantes con nosotros mismos.

Aquí podemos aplicar la parábola del Evangelio: *Más vale entrar en el cielo con un ojo menos, que tener los dos y ser arrojado en el infierno.*

### **43. Sed virtuosos. Dios lo quiere**

Ama la virtud para poder vivir siempre alegre. Ama la piedad, porque es el atractivo que conduce a Dios. Ama *el trabajo y la oración*, porque son los



guardianes de la virtud. Ama la pureza, porque ella hace que sirvamos a Dios con alegría: *Bienaventurados los limpios de corazón...*

\* \* \*

Dios quiere que seamos *buenos*; es decir, *fáciles de congeniar* con todos los que pone en torno nuestro... *fáciles de obedecer*, que aparezca siempre en nuestros labios la palabra *bien* a cualquier orden y aun a cualquier deseo de nuestros superiores. Sí, Dios desea que para Él sea *dócil y sumiso*, porque es mi Señor y quiere que me arme de fortaleza para permanecer fiel a mi misión de apóstol del bien y para doblegarme ante el deber...

\* \* \*

*Dios desea* que haga en paz y cuidadosamente, con alegría, lo que se me manda por mi posición, por las circunstancias, por las órdenes recibidas, por el deseo de hacer un favor. Dios desea que sea *paciente*, para aceptar sin murmuración una contrariedad repentina, una dificultad imprevista, un desorden que molesta, un fracaso que entristece, una humillación inesperada.

\* \* \*

Dios *desea* que sea bueno con todos los que vienen a mí; que los acoja con la sonrisa de la benevolencia siempre, y aun algunas veces con la sonrisa más dulce de la amistad; que los escuche con afectos, que los compadezca con sinceridad, que los aconseje con desinterés, que los sirva con prudencia y bondad,

que no deje alejarse a nadie sin haberlo llevado delicadamente a Dios y sin haberle dado un poco de alegría.

\* \* \*

*Dios desea* que no imponga a nadie ni mis tristezas, ni mi opinión, que pudiera molestar, ni mi voluntad absoluta, ni siquiera una diferencia de posición que pudiera humillar a alguien. Dios desea ser llevado ahora por nosotros a las almas. Por eso esta expresión de San Pablo: *Llevad a Jesús en vosotros*; y esta otra de los santos: *Difundid a Jesús en torno vuestro*, son la regla del apostolado y de la *influencia*.

#### 44. Dichoso el que siembra la alegría (M. S.)

¡Cuán dichoso es el que, pasando por junto a un jardincito, puede decir: *¡Yo sembré estas plantas tan floridas y balsámicas!* ¡Cuán dichoso el que, contemplando la dulce y placentera alegría de una familia y la embelesadora armonía que en ella reina, puede decir: *¡A mí se me debe esa dicha!*

\* \* \*

Tened el alma, el espíritu, el corazón eminentemente *hospitalario*; acoged jovialmente a los que acuden a vosotros. Permitidles, sin discusiones enojosas, que expongan sus ideas y proyectos, aun cuando no los aprobéis, y se mostrarán contentos y halagados de verse escuchados.

\* \* \*

Como vuestra alma y vuestro corazón, debe ser *hospitalaria vuestra casa* e irradiar una atmósfera de dulce paz, hasta el punto de que todos cuantos la visiten puedan decir... *¡Qué bien se está aquí!*

\* \* \*

De una persona unida a Dios, que viva y obre bajo la influencia de esta unión, se ha dicho que, al pasar por las calles, hace lo que la Hermana de la Caridad al atravesar las salas de un hospital. A la Hermana de la Caridad le llega de cada lecho un gemido, un suspiro, un lamento..., y a cada enfermo le dirige una palabra de consuelo y de esperanza.

\* \* \*

Un alma abnegada, deseosa de hacer el bien, no salía jamás de su aposento para hacer una visita, o simplemente para dar un paseo, sin hacer esta oración: «Señor, venid y vivid en mi corazón, en mis manos, en mis labios, a fin de que por mi mediación améis, iluminéis y habléis y decidis.

\* \* \*

¡Dichoso el que, por la noche, a la hora en que poco a poco se apagan los ruidos de la jornada, se siente como envuelto y penetrado de la paz que da el deber cumplido y de ese algo divino que hace pensar en la sonrisa paternal de Dios;

\* \* \*